

clasica

Vítore para la Orquesta Barroca de Sevilla



@ Envíe esta noticia a un amigo

Era lógico que el concierto que nos propuso el sábado la Orquesta Barroca de Sevilla en el Oratorio de San Felipe Neri despertara la gran expectación que tuvo. El lleno fue absoluto y hubo que recurrir a las sillas supletorias para poder acomodar a todos los que quisieron estar en él. Sin duda, la Barroca de Sevilla se ha constituido en referente de calidad y de buen hacer. Hoy por hoy, sin cejar en el empeño de esa calidad desde su creación en 1995, se sitúa entre las primeras de las de su clase.

paloma capelo
GRAN ÉXITO. La Orquesta Barroca de Sevilla, en el Oratorio San Felipe.

A tono con lo anterior, los aplausos fueron intensos a lo largo de todo el concierto, con vítores al final que forzaron la concesión de la propina que se buscaba y que resultó ser una *Pastoral* de Heinichen. Claro, que con anterioridad, se había escuchado unas interpretaciones de gran belleza: luminosas, transparentes, equilibradas... Nos referiremos a las obras programadas de Veracini, de Vivaldi, de Heinichen, de Zelenka y de Pinsende, que sonaron con pureza de línea, magníficamente dominadas y, sobre todo, con esta otra virtud de la Orquesta Sevillana como es su perfecta afinación.

No faltaron momentos cumbres esa tarde. En ello tuvo mucho que decir el concertino-director Pablo Valetti. Quede ahí, si no, el *Largo* de la obra de Heinichen que cerraba la primera parte, en donde lució uno de los sonidos más cálido de toda la velada, o el *Allegro* del concierto de Pinsendel, de un primoroso virtuosismo, tan rutilante y brioso, que a los fuertes aplausos del público se unieron también los de la propia orquesta. De Vivaldi, ese músico que siempre tiene algo nuevo que decirnos, que posee una fuerza y brillo arrolladores, que sus dibujos y ornamentaciones son siempre musicales y directos, amén de otras muchas excelencias, Pablo Valetti, asistido por sus huestes, interpretó su *Concierto grosso RV 577 en Sol menor* para violín, o sea, para él, dos flautas dulces, dos oboes, fagot, cuerdas y bajo continuo. Fue la gran obra de la velada, sin duda. Todo coadyuvó para que así fuera, y en ese "todo" es obligado, además de justo, resaltar, antes de ponerle el punto y final a esta reseña, al grupo de los vientos, en especial a Molly Marsh, oboe, que brilló con luz propia en el *Largo* del concierto con una intervención de primor. **JUAN ANTONIO CASTAÑEDA**